

EL AGUA EN EL REPERTORIO DE CUENTOS POPULARES DEL CAMPO DE CARTAGENA

Anselmo José Sánchez Ferra

RESUMEN

Los cuentos folklóricos constituyen un lenguaje universal, pero sus tipos y variantes se adaptan a los contextos económicos y ecológicos y a las circunstancias históricas de la comunidad que los maneja. Este artículo pretende mostrar algunos ejemplos al respecto.

ABSTRACT

Folktales are an universal language, but his types and varyings have very important interrelations with economicals and ecological contexts, and with historical circumstances from the community that use them. This work try to shaw some examples to respect.

INTRODUCCIÓN

Si el agua es un elemento generador de cultura lo es porque condiciona la supervivencia de las comunidades que dependenden decisivamente de este recurso. Tradicionalmente los grupos humanos se han visto obligados a garantizar su suministro y a distribuirlo, a combatir contra otros o contra el entorno para asegurarse el abastecimiento, y en esa empresa interminable continúa y continuará, produciendo infraestructuras, ritos, mitos, relaciones y conflictos.

Esta aportación al congreso pretende destacar los aspectos del agua que recoge el repertorio de los cuentos folklóricos tradicionales de la comarca del Campo de Cartagena. Una vez más, lo hacemos desde la perspectiva teórica que considera la necesidad de concebir el conjunto de la narrativa oral como un lenguaje colectivo relativamente universal pero, a la vez, inmensamente permeable a las circunstancias de orden histórico, económico y ecológico en las que se desenvuelve. Es necesario hacer ver la importancia de este inmenso patrimonio que, además de su valor intrínseco, resulta indispensable conocer en detalle para descubrir la dinámica de interrelación que lo vincula al espacio y a la gente que lo emplea, y que debería, a la postre, permitirnos acceder a una mejor comprensión de la mentalidad de los que lo atesoran y, también, de las «reglas» que pudieran explicar su funcionamiento (objetivos que, desde luego, van más allá de la pretensión de este artículo). Creemos que, hasta ahora, no se ha prestado suficiente atención a las variantes que los repertorios ofrecen entre comunidades instaladas en espacios geográficos distintos, bien porque se hayan considerado irrelevantes, bien porque se haya estimado extremadamente difícil, cuando no imposible, evaluarlas y, en su caso, establecer conexiones significativas con los contextos de toda índole en que se producen. Después de más de diez años de trabajo de campo, estamos en condiciones de asumir que la dificultad es real, pero también de sostener que las presencias o ausencias de los tipos, las glosas que los narradores introducen en sus relatos, los cambios de tipo estructural o temático que se perciben en algunos cuentos, no son fenómenos ante los que el investigador pueda permanecer indiferente.

Con todo, en las líneas que siguen solo queremos ofrecer una panorámica general de cómo el tema del agua empapa, nunca mejor dicho, el repertorio comarcal, poniendo de relieve los distintos planos en que se manifiesta. Confiamos en que este ejercicio sea de utilidad, en algún momento, para análisis de mayor calado.

EL PLANO DE LA UBICACIÓN

Naturalmente es aquí donde resulta más fácil descubrir la contextualización que los narradores tienden a hacer de los cuentos. El entorno invade el escenario de las narraciones introduciendo notas de color local que las vuelven más propias; no ocurre de forma sistemática, pero ocurre. Unas veces son las infraestructuras hidráulicas las que revelan esa intromisión del contexto en el relato:

Acequias. Así, en las versiones pachequeras y cartageneras de los siete cabritillos (Aa-Th. 123), después de cometer su fechoría el lobo, sediento, acude a beber agua al arroyo o al río, pero en la versión de una informante de la Magdalena encuestada en Molinos Marfagones se prefiere la castiza *cieca, donde estaba el agua*.¹

1 El ejemplar en cuestión lo debemos a Dña. Antonia Ros Ros y figura en la colección de cuentos del municipio de Cartagena con el n.º provisional 19 b.

Es la acequia la que permite a San Pedro, usurpando el papel del pícaro, vengarse de las impertinencias del ciego en un extraordinario ejemplar, versión folklórica del célebre episodio de Lazarillo de Tormes:

Y van andando a otra casa y así sucesivamente. Y había una asequia que pasaba por al lao de una paré y claro, dise San Pedro, le dijo:

— ¡Salta siego que hay un charco!²

Aceñas. La versión de La Palma de los animales músicos (Aa-Th.130) explica que el burro ha sido desahuciado por sus amos porque ya no puede hacer girar la noria que extrae agua del pozo:

Esto es una vez un burro qu'estaba dándole vueltas a una noria y el pobre ya era muy viejo y estaba muy cansao y entonces oye decir al amo:

— A este burro lo vamos a coger y lo vamos a llevar al monte y lo vamos a dejar abandonao, porque esto no saca agua, no le cunde dar vueltas y no saca agua. Esto luego le quitas los aparejos y luego de madrugada lo sacas.³

La glosa se refiere, naturalmente, a las primitivas aceñas o norias de sangre, movidas por animales de tiro⁴, que precedieron a los molinos de viento. La singularidad del comentario viene dada porque, tras consultar más de veinte versiones recogidas a lo largo de toda la península⁵, esta es la única que alude con claridad a la tarea que el asno realizaba, si exceptuamos la gallega de Lugo, que lo ocupa en acarrear harina para alimentar a un cerdo, la de la sierra de Cádiz, que lo emplea arando la tierra, o la de los Grimm, que lo hace llevando sacos de cereal al molino.⁶ La noria de *arcabuces*⁷ también comparece en una historia de aparecidos grabada en el Campillo de adentro:

2 Texto de D. Juan Casanova Agüera, n° 290 provisional en la colección de Cartagena. Otras referencias folklóricas se encuentran en J. Camarena & M. Chevalier, 2003: [988]. Referencias literarias: M. Chevalier, 1975: O32, pp. 355-357; 1983: n° 83. M^a Rosa Lida de Malkiel, 1976: pp. 109 y ss. *Lazarillo de Tormes*, Tractado Primero, pp. 44-45.

3 Texto de Dña. Leonor Martínez Conesa que figura en la colección cartagenera con el n° 20a provisional.

4 Sobre este particular merece la pena acudir al comentario ilustrado que aparece en el texto de Pascual Vera Nicolás 2005: p. 119.

5 A.M. Espinosa, 1947: vol. I, n° 255 y 256. A. Espinosa, hijo, 1988: vol. I, n° 38. L. Cortés Vázquez, 1979: vol. II n° 130. J. Camarena, 1991: vol. I, n° 37. L.A. Arroyo, n° 103. J. Asensio, 2002: pp. 48-51. J.L. Agúndez, 1999: n° 18. J.A. del Río Cabrera y M. Pérez Bautista, 1998: n° 40. M. Curiel Merchán, 1944: pp. 214-217. A. Hernández Fernández, 2001: n° 18 (dos versiones). E. Carreño y otros, 1993: pp. 329-332 (anotado en La Arboleja, Murcia). P. Morote, 1990: pp. 280-284. J. Ortega, 1992: n° XX y XXI. L. Carré Alvarellos, 1968: n° 145. [Lugo] (1963) 1979: n° 34 (2ª secuencia). Luís de Barandiarán Irizar, 1995: *Fábula 10*. J. Amades, (1950) 1982: n° 351. J. González i Caturla, 1998: pp. 159-164. Otras referencias bibliográficas que no hemos manejado pueden hallarse en J. Camarena & M. Chevalier, 1997: n° 130.

6 J. y W. Grimm, (1812-1857) 1985: vol. I, pp. 177-183.

7 Corrupción de arcaduz o cangilón documentada por A. Serrano Botella, 1997: p. 233.

(...) *teníamos una noria, se llevaron la mula y la engancharon para que diese vueltas pa sacar el agua; y cuando estaba sacando agua, dice mi primo:*

— *¡Ay Benita, Benita, qué burto hay ahí!*

*Y dice que hicieron los arcabuces y to: ¡buuum!, se hicieron un lío. Entonces le dio mucho miedo, quitaron la mula y se vinieron pa la casa.*⁸

Boqueras. En los Puertos de Santa Bárbara escuchamos una versión de Aa-Th. 1698 J, la historia del sordo que desea ocultar su deficiencia y prepara las respuestas para las preguntas que supone le hará el caminante que se aproxima, en este caso una pareja de la guardia civil. *¡Aquí, haciendo boqueras!*, responde el labriego al saludo de los hombres de la ley. En realidad la narradora ha señalado en el marco introductorio que las estaba limpiando, probablemente desbrozando alguno de esos aliviaderos de las ramblas que conducían el agua a las parcelas de riego o a los algibes. *¡Pa cuando llueva!*, precisa en una segunda intervención el campesino.⁹

Fuentes. La fuente es el escenario de una de las versiones de un cuentecillo obscuro recogido en La Aljorra: *Una vez había un sitio donde cargaban agua y entoses, pos claro, ahí iba la gente a cargal agua con cántaros y había burros y burras y tal.*¹⁰ Y aparece claramente descrita como un espacio de socialización en el precioso ejemplar del cuento de la mujer calumniada (Aa-Th. 882) que recogimos de una informante de El Algar¹¹: (...) *había enfrente de la casa d'ella una fuente, y estaba la gente en la fuente murmurando: la una llevaba su cántaro y seguía la conversación de la murmuración de la muchacha* (...). Es el ámbito de la revelación, el lugar en el que la protagonista se entera de la trama levantada contra ella por el villano, que ha puesto en duda su honestidad, y la anciana cómplice que pone falsas pruebas a su disposición, y del terrible compromiso adquirido por su marido, que apuesta la hacienda y la vida por sostener la virtud de su esposa.

Pozos. Especialmente relevante es el papel que juega en la versión de Aa-Th.1335 A, recogida en los Puertos de Santa Bárbara y convertida en uno de los numerosos dicterios con los que se sanciona en la comarca a los habitantes de Perín. Estos, supuestamente, descubren el reflejo de la Luna en el fondo del pozo, creen que ha

8 Texto de Dña. María Díaz Molero. En la colección de Cartagena con el nº prov. 69.

9 Texto de Dña. Ángeles Soto Aznar que lleva el nº 237 provisional en la colección de Cartagena.

10 Texto de D. Francisco Ros Cava, nº 372 provisional de la colección de Cartagena.

11 Texto de Dña. Dolores Navarro López que figura provisionalmente en la colección de Cartagena con el número 487 provisional. Podemos citar alguna referencia literaria que nos retrotrae al s. XIV: G. Bocaccio, *Decamerón*, II,9, pp. 331-345. También aparece en la literatura española del s. XVI, en J. Timoneda, *El Patrañuelo*, XV, pp. 157-167. Para la bibliografía sobre la presencia de este tipo en la tradición folklórica española, J. Camarena & M. Chevalier, 2003: [882 C].

caído y no puede salir y proceden a rescatarla; la glosa que explica su estrategia aprovecha para mencionar cierta incidencia al parecer frecuente por entonces: *Entonces pusieron un garvillo (qu'eso se acostumbraba cuando se caía un animal dentro de un poso, lo que fuera, ponían un garvillo con tres sogas, metían el garvillo pa sacar los animales), lo metieron, pa sacar la luna.*¹²

Sifones. Hablamos aquí de las estructuras que servían para salvar la intersección de un canal de riego con un camino carretero. La versión de El Algar del cuentecillo moralizante en el que un hijo lleva a su padre al asilo (Aa-Th. 980 C), sustituye la piedra, en la que invariablemente descansan ambos en la mayor parte de los ejemplares que conozco¹³, por esta construcción, con implicaciones de carácter simbólico a las que nos referiremos más adelante.

Al terminar esta evaluación echamos en falta otras infraestructuras hidráulicas familiares en el área, como los albiges, las balsas o los molinos de viento de extracción de agua. Que nuestros narradores no las hayan escogido para suplantar o identificar con ellas escenarios de los cuentos es probablemente fortuito y es presumible que otros informantes los empleen, e incluso no podemos descartar que una revisión minuciosa de los materiales que hemos reunido a lo largo de años de encuesta subsane alguna de estas ausencias. Pero también podríamos conjeturar sobre la existencia de razones funcionales o históricas, especialmente por lo que hace a los molinos; es fácil reemplazar un lago por una balsa, pero no tanto un pozo por un albigue, cuya estructura cubierta lo hace menos accesible. Y aún más complicado encontrar sitio, en los argumentos elementales de relatos tan antiguos, para artefactos relativamente modernos, como los molinos de viento. Carlos Romero Galiana señala que los molinos de arcaduces, con velas latinas, destinados a sacar agua, aparecen a partir del último tercio del siglo XIX, en lo que él llama la segunda edad de oro del molino cartagenero¹⁴; la construcción de estos ingenios coincide con el inicio de una etapa que de manera continua y progresivamente acelerada ha llevado a la práctica desaparición del modo de vida rural y, por ende, del modelo cultural que de él depende; el molino de arcaduces no ha tenido tiempo, acaso, para producir folklore o para influir en el que ya existía.

En otras ocasiones el localismo viene dado por el desplazamiento de la acción o de los protagonistas a un medio familiar para el narrador. Es el caso de las ver-

12 Texto de Doña Josefa García Urrea, n° 212 provisional de la colección de Cartagena.

13 Debemos el texto a D. José Martínez Hernández; su n° provisional en la colección de Cartagena es el 618. Las referencias bibliográficas pueden encontrarse en J. Camarena & M. Chevalier, 2003: 980 C. Se trata de un tipo ampliamente difundido en la comarca del que ya publicamos una versión pachequera (v. A.J. Sánchez Ferrá, 1998/2000: n° 61). Al menos ya era conocido en el s. XVI y el valenciano J. Timoneda lo incluyó en el *Portacuentos*, II, n° 4, p. 141.

14 C. Romero Galiana, 2003: p. 9.

siones de la historia del marido que intenta acallar la voz de su tozuda esposa, y esta persiste en insultarle llamándole *piojoso!* (Aa-Th. 1365 C). Mientras que en el caserío de Los Puertos de Santa Bárbara, más al interior del término municipal, el esposo agredido la sumerge en el pozo, en La Puebla, población más próxima a la costa, dice:

—*Te vas a venir conmigo a pescar.*

*Y se sube en la barca y cuando estaban en medio la mar va y, como no paraba de decirle piojoso, la mete en el agua (...).*¹⁵

En la antiquísima historia de la disolución de la sociedad formada por el Viento, el Agua y la Verdad, ya referida por el autor del *Libro del Caballero Zifar*¹⁶, y por Mateo Alemán en el *Guzmán de Alfarache*¹⁷, el agua y el viento tienen un papel secundario; cada uno de los miembros de la alianza, tras separarse, indica a sus compañeros donde podrán encontrarlo si lo necesitan, pero la Verdad les advierte que una vez ida jamás podrán recuperarla. En la versión medieval, el agua explica a sus socios que deben buscarla en ríos, fuentes o *junqueras verdes*; en la de Mateo Alemán propone que se la localice en las entrañas de la tierra. La cartagenera, escuchada a un informante de La Manchica residente en El Albuñón, hace que el agua se refugie en las nubes, el único lugar del que cabía esperarla en una comarca sin ríos ni lagunas, con pocas fuentes aprovechables y aguas subterráneas salobres y durante mucho tiempo inaccesibles.¹⁸

Haremos mención de glosas narrativas incluidas en los cuentos que aluden a fenómenos climatológicos propios del ámbito local: por ejemplo, en la historia del sapo que acude al baile y tiene dificultades para cruzar el portal, el narrador lo justifica con este comentario: *los portales antes los hasían muy artos, pa que si llovía alguna vez y había alguna riada que no se inundase la casa.*¹⁹

Inopinadas lluvias torrenciales impiden regresar a su domicilio a los amigos que visitan a familias o a los novios que galantean a mozas residentes en casas apartadas, perdidas en el campo. Entonces se ven obligados a pernoctar en aquella vivienda, enfrentando al anfitrión con el dilema de atender a la obligación de dar asilo y hos-

15 Texto de Dña. María Fernández Armero, nº 572 a provisional de la colección de Cartagena.

16 *Libro del Caballero Zifar*, pp. 419-420.

17 Mateo Alemán, *Guzmán de Alfarache* I, 3º VIII, p. 436. Una versión moderna que Julio Camarena recoge en Villalibre de Somoza, provincia de León, reduce la sociedad a la Niebla y la Vergüenza (1991: I, nº 70).

18 Texto de D. Alfonso García García, nº 310 provisional de la colección de Cartagena.

19 Texto de D. Juan Díaz Aguera recogido en El Campillo de adentro, con el nº 25 provisional de la colección de Cartagena. La única referencia idéntica que conocemos es una versión pachequera de un vecino de Santa Rosalía, que publicamos en A.J. Sánchez Ferra (1998) 2000: nº 25 de la colección; sin duda está relacionada con el tipo 288 A* de J. Camarena y M. Chevalier, 1997: pp. 428-429, pues, como en este, la fanfarronada del sapo le sirve para justificar su torpeza, pero probablemente debería consignarse como variante independiente.

pitalidad al afectado a costa de la intranquilidad de tenerlo en su hogar, al lado de sus mujeres. Es el caso del pretendiente necio que abandona su alojamiento a media noche para advertirle a su madre que no debe esperarlo (similar a Aa-Th.1332 C*)²⁰, o el cuento del marido que porfía por retener a su amigo cuando *a las cuatro de la tarde le viene una tormenta y empieza a llover y a llover, y se hace de noche y no paraba de llover*, y para convencerlo le argumenta: «*Pasa la noche aquí porque hay muchas ramblas por ahí, muchos barrancos, y tu no vas a poder pasar (...)*»; y luego de ofrecerle incluso compartir la cama con el matrimonio, durante toda la noche mantiene sujeto el sexo del invitado «*¡por si las moscas!*».²¹

Por último, vamos a considerar el espacio doméstico, diseños de construcción, lugares en los que el agua se conservaba o los recipientes en los que se servía. Más arriba hemos transcrito la nota sobre los portales altos que figura en la historia del sapo fanfarrón. En el diálogo chusco del manco que corteja a la jorobada, la novia oculta su joroba todo el tiempo del galanteo gracias a que atiende los requiebros del enamorado con esta estrategia: *como antes habían en la paré como las cantareras, que metían el cántaro, había esos bujeros, y ella se asentaba allí y la chepa la metía en la cantarera del cántaro*.²² Y en la secuencia inicial del cuento de la mujer calumniada, a la que también nos hemos referido en páginas anteriores, la sed empuja al jinete a la casa del protagonista; llama la atención el énfasis de la narradora cuando advierte: *le sacaron una cántara mu limpia, mu limpia, y un agua mu buena*. Seguro que la reacción del visitante sería muy distinta a la del escrupuloso caminante atendido por la vieja desdentada al descubrir que, eligiendo para beber el borde desportillado de la vasija que le tiende la anciana, sorbe por donde acostumbra a hacerlo la buena mujer. Dos de las versiones recogidas de este cuento presentan comentarios interesantes: *antes había colgao unas orzas muy grandes con agua y unas jarricas, y como eran de cerámica pues estaban rotas, y la agüela pos metía la jarrica y bebía agua, y la jarrica estaba esportillá*. En otra se precisa: *Antes no habían vasos, había un cantarico, una cántara colgá en el techo, había un yerro y*

20 A.J. Sánchez Ferra, (1998) 2000: n° 99 (proponíamos allí clasificarlo como 1332 D*). En Cartagena hemos recogido versiones en La Puebla y de una informante de Molinos Marfagones.

21 Texto de D. Francisco Soriano Sastre, n° 350 provisional de la colección de Cartagena. Una variante en E. Rubio y otros, 2002: n° 71. El ejemplar de J.L. Agúndez, 1999: II, n° 128 tiene el mismo argumento pero es distinto el motivo para justificar la pernocta del invitado.

22 Texto de Dña. Josefina Liarte Ortega, n° 246 provisional de la colección de Cartagena. Versiones de este cuentecillo encontramos en A.M. Espinosa hijo, 1988: II, n° 312 (Covarrubias —Burgos—). J. Rodríguez Pastor, 2002 n° 148. E. Carreño y otros, 1993: p. 163-164 (ejemplar recogido en Javalí Nuevo muy semejante al cartagenero); A. Hernández Fernández, «*Cuentos humorísticos y seriadados en la pedanía murciana de Javalí Nuevo*», p. 93.

*ahí se colgaba el cántaro.*²³ La cántara y la jarrica representan dos formas distintas de servir el agua, ¿acaso también dos modas correspondientes a distintas etapas?²⁴

EL PLANO ETIOLÓGICO

Para explicar la imprevisibilidad de la lluvia, el repertorio dispone del texto que destaca la incapacidad de los campesinos para ponerse de acuerdo respecto al momento apropiado para recibirla (Aa-Th.1830). En la versión cartagenera de La Palma y en la de Santa Rosalía que nosotros publicamos en los cuentos de Torre Pacheco²⁵, la gestión del acuerdo imposible corre a cargo de San Pedro; ante las continuas objeciones de los labradores consultados (que siempre ofrecen notas referidas a actividades propias del área: *el que no tenía que vendimiar tenía luego la cáscara*²⁶ *en la era*), informa a Cristo y este decide que la lluvia debe caer *cuando Dios quiera*.

Sobre el origen de las inundaciones, un texto oído en el caserío de Las Armeras, en Roldán, explica que es resultado del descuido de un santo (sin identificar aquí, aunque en otras versiones será San Pedro), al que Dios ha dejado encargado de administrar la lluvia. El santo negligente se entretiene jugando a las cartas y en el ínterin, las aguas que deberían haber caído pausadamente, se acumulan; el atolondrado cae en la cuenta y abre precipitadamente las compuertas que las contenían provocando un estropicio aún mayor.²⁷

También es frecuente encontrar en la región un tipo distinto que explica la torrencialidad con el argumento del «nulo cojo». Dios reparte el agua que debe caer sobre la tierra entre las nubes, caracterizadas como entes antropomorfos; aquella a la que le corresponde descargar sobre Murcia adolece de una cojera que le impide desplazarse con la misma rapidez que sus compañeras. Cuando estas han cumplido

23 La primera glosa la encontramos en el cuento narrado por Dña. Cándida Cervantes Ros, natural de Balsapintada y que figura con el nº 204b provisional de la colección de Cartagena. La segunda es de Dña. Josefa Rodríguez García, en el cuento 204c provisional del mismo repertorio. Las cuatro versiones de que disponemos corresponden a informantes de la zona oeste del municipio (Perín, Molinos Marfagones y Tallante).

24 Al respecto debe consultarse el trabajo presentado en este Congreso por Juana María Gómez Egea sobre *La vajilla del agua*.

25 A.J. Sánchez Ferra. (1998) 2000: nº 81. El ejemplar de La Palma nos ha sido relatado por D. José Pérez García, y es el nº 88 provisional de la colección de Cartagena. Se trata de un tipo bien conocido en la región (v. ejemplar jumillano publicado por P. Morote, 1990: pp. 120-122), seguramente difundido por todo el país, como demuestra la versión gallega de L. Carré, 1968: nº 112 y notablemente antiguo, a tenor del texto del s. XVII que reproduce M. Chevalier (1983: nº 234). Angel Hernández Fernández se ocupa de analizarlo más ampliamente en otra comunicación del Congreso.

26 Es decir, el pimiento desecado al aire libre y preparado para la molienda (v. *D.R.A.E.*, A. Serrano Botella 1997: p. 87 y D. Ruiz Marín 2000: p. 156).

27 Texto de D. Luciano Martínez Ros, nº 10 provisional del Apéndice de cuentos de Torre Pacheco.

su cometido, la nube coja aún está de camino; las otras nubes, solidarias, se ofrecen a acompañarla a su destino y, cuando lo alcanzan, vierten con ella los restos de lluvia que no habían apurado. Así se cumplen las dos circunstancias que caracterizan a las precipitaciones en nuestra tierra: llegan tarde y lo hacen descargando una cantidad desorbitada de agua.²⁸ Sin embargo, hasta el momento no hemos podido documentar este tipo en la comarca del Campo de Cartagena.

Ambos cuentecillos giran en torno a unas características climáticas que, sin ser exclusivas del sureste español, constituyen rasgos que definen el comportamiento de las precipitaciones en el área; nuestro desconocimiento de otras referencias bibliográficas nos permite sugerir que acaso estamos ante productos narrativos específicamente levantinos.

EL PLANO RELIGIOSO

Algunos relatos abordan la posibilidad de que la fe pueda obrar determinando las precipitaciones. A veces desde una perspectiva optimista, como en el ejemplar de un informante de La Manchica, entrevistado en El Albuñón, en cuyo argumento Cristo pretende conocer la reacción de los lugareños ante la devastadora sequía que los asola, y envía a San Pedro para que le informe de sus comentarios; los campesinos están irritados y expresan su rebeldía contra Dios mediante crudas blasfemias. Pero en una de las aldeas el apóstol encuentra un hombre que aún confía en salvar su cosecha *si Dios quiere*. Pedro hace saber al Señor de la piadosa fe de aquel individuo y, por toda respuesta, Cristo exclama:

— ¡Ponte la capucha, Pedro, que va a llover!²⁹

Pero junto a este, también existen otros que demuestran un profundo escepticismo. Es el caso del episodio atribuido al obispo Ramón Sanahuja³⁰ y que nosotros incluimos en la colección de cuentos de Torre Pacheco como relato folklórico tradicional³¹. Aquí la sequía prolongada induce a los lugareños a presionar al párroco para que saque a la imagen en rogativa, forzando la llegada de la lluvia; cuando el cura accede, el sacristán le advierte que *el tiempo no está pa llover*. Hoy podemos reivindicar el carácter tradicional de la narración por cuanto un argumento muy semejante lo encontramos ya en una obra publicada a finales del s.XVI, *Las seiscientas apotegmas* de Juan Rufo; la apotegma n° 68 dice así:

28 Conocemos la versión de D. Pedro Sánchez Rubio, vecino de Molina de Segura, y el apunte que D. Ruiz Marín hace para la voz *nulo* (2000: p. 456).

29 El relato, para el que no tenemos ninguna referencia bibliográfica, nos ha sido proporcionado por D. Alfonso García García y figura en nuestra colección de cuentos del municipio de Cartagena con el n° 97 provisional.

30 V. F. Antón Hurtado, 2004: p. 433, citando el artículo de D. Vera, «*Joyas robadas*», publicado en el diario *La Verdad* del 24 de abril de 1977.

31 A.J. Sánchez Ferra, (1998) 2000: n° 278.

*En una destas procesiones [rogativas] dijo un fraile, mirando al cielo:
— Válgame Dios, que estaba dos horas ha nublado, y agora está el aire claro
y sereno del todo!*

Respondió [Juan Rufo]:

— Debe de poder más en este caso toda la caballería del mundo que la infantería de la devoción.

EL PLANO SIMBÓLICO

En el repertorio que repasamos, el agua figura asociada con altos valores, a veces de una forma explícita, como ocurre en el cuento aludido más arriba de la asociación del Viento, el Agua y la Verdad.

En otras ocasiones descubrimos las connotaciones con las que se vincula gracias al juego metafórico que forma parte del argumento mismo del cuento; examinemos el del personaje (cura o amo) que pretende burlarse del mozo que tiene a su servicio o como pupilo, cambiando los nombres de objetos y seres cotidianos por denominaciones singulares (Aa-Th. 1562 A). En Cartagena hemos recogido dos versiones de este tipo a las que debemos añadir la publicada por Dña. Carmen Riquelme Piñero³².

Lo primero que observamos en todas ellas es que las denominaciones empleadas a veces son estrafalarias: la iglesia puede ser *chiribindansia*, los calcetines *churumbirlos*, los alpargates *talabarates* o *garabitos*, la ropa talar los *chirosmingos*. En otros casos la nomenclatura burlesca es una construcción léxica que guarda relación con lo designado: el gato es *pescalarratis* o el *tato que pilla los ratos*, la criada es *Protestá* o *Projimanostra*. Sin embargo, los que se emplean para el agua son metáforas que no tienen nada de arbitrario; así, la versión del informante encuestado en Perú la llama *abundancia*, como también lo hace, por cierto, la de Dña. Carmen Riquelme, una segoviana de Sepúlveda recogida por Espinosa Jr, tres de las cinco salmantinas reunidas por L. Cortés y la burgalesa, zamorana y vallisoletana de Espinosa padre. También el texto literaturizado de González i Caturllà, en el que, además, el protagonista glosa su mentira con un revelador comentario:

32 Una en Perú, de un vecino nacido en Santa Lucía, D.Francisco Soriano Sastre; figura en la colección con el nº provisional 664. La otra es de Dña. Carmen López Martínez, natural y residente en La Puebla; su relato es el 664 a provisional. Referencias bibliográficas consultadas son: A. Espinosa, 1946: vol. I, nº 57 a 59. C. Cabal, [1921]: pp. 229-230. A. de Llano, 1925: nº 152. L. Cortés Vázquez, 1979: vol. I, nº 1 a 5. J. Asensio, 2002: p. 190. J. Rodríguez Pastor, 2001: nº 80; 2002: nº 115. A. Larrea Palacín, 1959: nº XXVII. F.R. López Megías y Mª J. Ortiz López, 1997: nº 47. A. Hernández Fernández, 2001: nº 155. Carmen Riquelme Piñero, 2006: pp. 38-41. A.J. Sánchez Ferra, (1998) 2000: nº 254 (incompleta). L. Carré, 1968: nº 251. X. Pisón y otros, 1999: nº LXXXI. J. González i Caturllà, Vinalopó 1998: pp. 90-92. A. Paredes Candía, 1973: p. 343 y ss. Referencias literarias: F.A. Steel, *Cuentos populares ingleses*, pp. 335-336, «Un señor de señores». A. Espinosa estudia el tipo en las pp. 260-264 del volumen II de la obra citada y advierte que existe constancia documental de que el relato ya era conocido en Europa en el s.XV, gracias a una versión literaria publicada por Jacob Knebel en 1979. También menciona las del italiano Straparola y las del francés Des Periers, ambas del s. XVI.

— *Ai filla meua, l'aigua és el principi de la vida i sense aigua no hi hauria res, per això jo et dic que açò no es diu pou, sinó que es diu l'abundància.*

El cuento de la Puebla la llama *paciencia*, como la albaceteña del *Etnocuentón*, o la gaditana de A. Larrea.³³ El término *paciencia* tal vez se escoge aludiendo a la actitud del campesino, que debe aguardar la llegada de un tesoro que espera, sin que valga de nada urgirle para que acuda puntual a la cita.

En el relato de aparecidos que comentábamos previamente, a propósito de la presencia en el mismo de la noria de sangre, resulta inevitable apuntar la posibilidad de interpretar el pozo de agua, así como la higuera o el almendro (hitos que en la misma historia o en otras versiones aparecen con función semejante), como espacios de transición entre mundos, puertas de acceso al plano de lo trascendente; mediador entre la vida y la muerte es precisamente uno de los niveles de significación que le reconoce Juan Eduardo Cirlot.³⁴

Pero en el repertorio de los cuentos de Cartagena la vinculación simbólica más frecuente es la que mantienen el agua y la justicia. Así, por ejemplo, disponemos de tres versiones de una variante de Cenicienta, la Estrellita de Oro (Aa-Th.480), dos de ellas referidas por informantes del casco urbano y la tercera por una narradora de Perú.³⁵ En todas, la protagonista, como tarea difícil encargada por la madrastra, debe lavar prendas en el río: en un caso la corriente le arrebató un pañal, una pieza de tela en otro, la tripa de un animal en el tercero. Se origina así un conflicto, pero también el río es el espacio en el que aparece la anciana, el auxiliar mágico, que en el devenir del cuento acaba impartiendo «justicia» premiando a la muchacha amable con la marca divina de la estrella en la frente, y castigando a la despótica hermanastra con el estigma del rabo de burro.

Igualmente ocurre en el cuento del leñador que pierde su hacha (Aa-Th.729)³⁶; el esquema anterior se reproduce en cierta medida: el hacha del protagonista cae al

33 En el texto del *Etnocuentón* (F.R. López Megías y M^a J. Ortiz López, 1997: n^o 47), el agua no aparece en la secuencia de elementos cuyos nombres resultan trastocados. Sin embargo, sí encontramos el término *paciencia* en la retahíla burlesca del criado que advierte al cura: «*Si se levanta con paciencia se le quemará el bitoque* (pajar)! Probablemente hay una corrupción derivada de la omisión inicial del agua; seguramente la narración debía decir en este punto: «*Si no acude con paciencia se le quemará el bitoque!*». En la versión gaditana ocurre como en esta, el agua no figura en la secuencia inicial, pero sí en el discurso sarcástico del criado, sin que en este caso exista duda alguna sobre el término elegido para sustituirla: «*...el ave que caza las rata va to lleno de merencia* (fuego), *si no acudes con paciencia, se te quema el arbitoque.*»

34 Para esta y otras connotaciones simbólicas del agua, v.J.E.Cirlot, *Diccionario de símbolos*, pp. 68-71.

35 Respectivamente n^o 59 prov., texto de Dña.Dolores Monserrat Vidal; 59 a prov., texto de Dña. M^a del Mar Guillamón Conesa; 59 b prov., texto de Dña.Florentina Montoro García.

36 Texto de Dña. Leonor Martínez Conesa, n^o 60 prov. de la colección de Cartagena. M.Chevalier y J.Camarena sólo conocen tres versiones folklóricas contemporáneas, dos andaluzas (gaditana y sevillana) y una de Ciudad Real (1995: n^o 729). El tipo remonta al mundo clásico y podemos encontrarlo entre las *Fábulas* de Esopo, n^o 173.

río, el auxiliar mágico (al que la narradora identifica directamente con el «hada del bosque») premia la sinceridad del buen hombre, que descarta las valiosas herramientas de oro y plata que le había ofrecido prefiriendo su hacha herrumbrosa, y le obsequia con una bolsa milagrosa cuyo contenido nunca se agota. El amigo mendaz, que pretende conseguir el mismo resultado reproduciendo artificiosamente la situación, pierde la herramienta y no consigue la recompensa.

En ambos casos, anciana y hada, contextualizadas en el marco del río, aparecen como espíritus acuáticos, encarnaciones del líquido elemento cuyos veredictos establecen un orden de premios y sanciones. Esa connotación justiciera se mantiene de forma aún más evidente en algunas versiones del tipo Aa-Th.960 A; en su argumento, una disputa tiene lugar en un paraje solitario y culmina con el asesinato de uno de los contendientes. La víctima, agonizante, aún tiene tiempo para advertir a su verdugo de que hay testigos del crimen que acabarán revelándolo; a veces se trata de aves³⁷, en ocasiones de arbustos³⁸ y muy frecuentemente los «gallicos» o los «periquitos», esto es, las burbujas de las salpicaduras de la lluvia en los charcos; esta última variante la constata en el área de la comarca un ejemplar oído a una informante de Tallante³⁹, pero sin duda debe haberse conocido tanto como el anterior, pues Carmen Conde la convierte en el argumento base de una de sus narraciones⁴⁰, y, además, hay que llamar la atención sobre el hecho de que en la versión de La Puebla (v. nota 38), los cardos delatores se presentan en escena flotando sobre una avenida de agua, una *ramblá*, y no impulsados por el viento, por lo que el agua mantiene en este ejemplar su papel justiciero.

De alguna manera, esa función testimonial se encuentra en la que desempeña la fuente en la versión de la mujer calumniada que ya hemos referido; el difamador

37 Como ocurre en el caso del texto medieval reproducido por M^a Jesús Lacarra 1998: p. 51, procedente de la traducción castellana del *Libro de los buenos proverbios*, el *Secreto de los Secretos*, realizada a mediados del s. XIII. En el índice de Aarne-Thompson la caracterización de este tipo se realiza precisamente a partir de este cuento, titulándolo con su nombre: *Las grullas de Ibico*. La trayectoria literaria del relato en la literatura del Siglo de Oro puede verse en M. Chevalier, 1983: n° 74. Seres voladores son, al fin y al cabo, las moscas que desempeñan el mismo papel que las grullas en la versión palentina de Astudillo recogida por M. Espinosa Jr, 1987: I, n° 209.

38 Es la variante que más hemos documentado en el Campo de Cartagena: en San Cayetano de Torrepacheco cuando, en entrevista de 24 de abril de 1995, D. Miguel Mercader Gómez nos hablaba de ciertas «*matas punchosas (...) que rulan por los bancales*» y que habrían sido «*testigos de un asesinato que hubo en el siglo pasao*»; en el repertorio, el cardo es el testigo en la versión de La Puebla narrada por Dña.M^a Fernández Armero (n° 529 a prov.), y el penicardo en la de Pozo Estrecho de Dña.Ceferina Fructuoso Vidal (n° 529 b prov.). El cardo es también el protagonista de dos ejemplares de Valdecaballeros incluidos en la colección de J. Rodríguez Pastor, 2002: n° 200, en la versión asturiana de A. de Llano 1925: n° 116, y en la vasca de R.M^a. de Azkue 1942: II, n° 70.

39 Dña.María Madrid Madrid, n° prov. 529 de la colección de Cartagena.

40 C. Conde, *La rambla*, pp. 51 y ss. Nosotros conocemos dos versiones de Cehegín, una de la aldea lorquina de Las Terreras, otra de Bullas y una más de Tobarra, todas las cuales tiene a los gallicos del agua como los elementos que, indirectamente, descubren el asesinato. Numerosas referencias bibliográficas pueden encontrarse en J. Camarena & M. Chevalier, 2003: n° 960.

requiebra a la muchacha allí mismo: «*estaba paseándose el que l'abía acusado por donde estaba la fuente y empesó a piropearla*». La contraofensiva de la joven para demostrar su inocencia parte de este punto, es decir, el desenlace justiciero del cuento se produce a partir del testimonio que la acusada arroja sobre el acusador en presencia de la fuente.

El mismo obvio papel de garante de un orden justo cumple el agua en el relato del lechero que comentamos en el siguiente apartado, tragándose los fraudulentos beneficios del protagonista. Y no es menos evidente en el cuento de el perdón de la difamadora⁴¹, recogido en La Puebla, en el que una muchacha, envidiosa de la belleza de su vecina, propala el infundio de que aquella está embarazada, lo que provoca que el novio abandone a la calumniada y esta fallezca, al tiempo, de puro pesar. Acosada por el remordimiento, la difamadora acude a la tumba de su víctima y pide su perdón:

— *Pa que te perdone tienes que traer un cántaro de agua y echarla por encima de mi fosa.*

Exige el espíritu de la difunta. Luego le pide que recoja lo que ha vertido, haciéndole ver que igualmente imposible le sería recuperar su honra perdida. Sin duda, el agua es aquí, también, símbolo de la honestidad de la muchacha agraviada.

Quizás resulta más conjetural suponer el mismo significado en la versión del hijo que lleva al padre al asilo y los dos descansan en el sifón. Tengamos presente que el cuento pretende moralizar sobre la desagradecida resolución del joven de deshacerse del anciano cuando este empieza a molestar, bien que presionado en casi todas las versiones por su esposa, y que el hito que les vale de reposo, la piedra, sirve al viejo para recordar cuando se comportó de forma idéntica con su progenitor. La memoria lacerante obliga al hombre a reconocer su error, lo injusto de su proceder entonces, y esta reacción propicia en el joven que adopte la resolución correcta. En el ejemplar de El Algar, el sifón conjuga los dos elementos, vincula agua y piedra, sabiduría y firmeza.

ASPECTOS NEGATIVOS DEL AGUA.

El agua aparece como elemento adulterador en dos textos recogidos en La Puebla en los que se censura la práctica del lechero de aumentar su producto «bautizándolo».

Uno de ellos explica cómo el lechero escapa de la miseria modificando la proporción de los elementos de su empresa: allí donde antes tenía siete vacas y un grifo, instala siete grifos y mantiene sólo una vaca, y prospera extraordinariamente.⁴²

41 Texto de Dña. María Fernández Armero, n° prov. 504 en la colección de Cartagena. Conocemos dos versiones asturianas, la de C.Cabal, [1921]: pp. 93-97, y la de A. de Llano, 1925: n° 126.

42 Texto de Dña. Julia Hernández García, figura con el n° 313 provisional en la colección de Cartagena.

El otro, previamente aludido, es una variante de un texto que, al menos, ya circulaba en el s.XVI, como documenta Timoneda⁴³ y del que ofrece versión más moderna F. Rodríguez Marín⁴⁴. Ambas difieren apenas, salvo en el detalle del color de la bolsa de tela en la que el tabernero guarda las monedas que atesoró vendiendo el vino aguado, talega que le arrebató un águila para dejarla caer en una laguna o en el mar. En la versión que recogemos en la Puebla, el producto adulterado es la leche, y es el viento quien se encarga de hacer justicia cuando arroja al agua el sombrero que el lechero compró con el dinero mal ganado.⁴⁵

CONCLUSIÓN

El recorrido que hemos realizado hasta aquí, a través de un repertorio que cuenta con más de setecientos cuentos, es, lo reconocemos, poco más que un divertido entretenimiento, al menos para el que lo ejecutó, repleto de observaciones que ponen el foco para destacar del conjunto cuestiones evidentes. Pero también confiamos sirva como umbral desde el que entrever la importancia de prestar más atención al patrimonio de la narrativa oral, y la necesidad de ampliar el trabajo de campo para obtener más datos, y de recabarlos, nunca se insistirá bastante, de forma exhaustiva y sistemática, recurriendo a la entrevista directa que nos permita recoger, no solo el tipo, sin también el lenguaje característico en el que se expresa y las glosas con las que se adorna. La variedad encierra claves de significación y de interpretación muy importantes de cara a lecturas más profundas del problema, y si no se registra estaremos trabajando con información mutilada, de valor nulo o escasamente aprovechable teniendo en cuenta la potencialidad de estos materiales para aportar conocimiento sobre aspectos históricos y socio-antropológicos de las comunidades a los que pertenecen.

Por otro lado, la comparación de los repertorios solo será posible si los que los reunimos y los investigamos nos ponemos de acuerdo en los parámetros que debemos atender para encuestarlos. No dudamos que, satisfechas esas condiciones, los resultados han de ser importantes. Incluso en el estado actual de la investigación, y en íntima relación con el asunto que ha ocupado este trabajo, es llamativa la ausencia en la colección cartagenera de las historias de encantadas, tan abundantes, sin embargo, en casi todo el resto de la región y, con variantes más o menos seme-

43 J. Timoneda, *Sobremesa y alivio de caminantes* I, 54, p. 236.

44 F. Rodríguez Marín, 1926: p. 269. Conocemos también la versión de D. Pedro Sánchez Rubio, vecino de Molina de Segura, en la que, a la vista de las llamas que consumen la cabaña construida con los ahorros del tabaco que ya no fuma, el protagonista exclama resignado: *¡Lo qu'es del fuego, el fuego se lo lleva!*

45 Texto de Dña. Julia Hernández García, figura con el nº 312 provisional en la colección de Cartagena.

jantes, en buena parte de la Península⁴⁶. Con frecuencia significativa las encantadas se aparecen a los caminantes solitarios en días señalados (la madrugada del día de San Juan), en cuevas próximas a los ríos, a la orilla de las ramblas, en las acequias, junto a los calderones excavados en la roca en los que se acumula el agua tras las lluvias. Casi invariablemente ofrecen a sus interlocutores humanos que escojan entre la dama y una prenda de oro, y como estos eligen siempre la segunda, los maldicen por haber alargado así su condena durante otro período prolongado de tiempo (normalmente un siglo).

Hace más de veinte años, cuando comenzaba a sentirme atraído por este extraordinario mundo de la narrativa oral, pude escuchar en Puerto Lumbreras tres historias legendarias que venían a converger temáticamente: la primera, de boca de Don Francisco Miravete Martínez, contaba que, al leer el destino de una recién nacida perteneciente a familia adinerada, los padres descubrieron que, al llegar a su mayoría de edad, la muchacha se vería atraída por la vida libertina y, para evitarlo, decidieron encantarla; el padre eligió un enclave, el punto de confluencia de las ramblas de los Ríaos y del Preciso. En aquellos días fluía el agua por ese cauce, hoy reseco, y para evitar que a la larga la corriente pudiera arrastrar a la muchacha, el padre incluyó en la fórmula del conjuro una invocación que convirtió aquel curso continuo en una rambla escuálida. Cien años después, un anciano caminaba por esos pagos y descubrió a una joven acicalándose con un peine de oro y ocurrió lo que explicamos más arriba.

La segunda me la ofreció María Campos, que aseguraba habérsela escuchado a su abuelo, J.Manuel González. Decía que, en un tiempo impreciso, hubo un rey llamado ZaprIÓN cuyo palacio se alzaba frente a una sima abierta en el Cabezo de la Jara, dando vista a Velez Rubio; era la sima una especie de templo cuyas paredes estaban decoradas con imágenes grabadas en la piedra. Aquel monarca tenía otra fortaleza emplazada en el cabezo de la Abejelica o Abejuela, que servía de almacén para sus tesoros y de lugar de asamblea; su base estaba profundamente horadada. María contaba que ZaprIÓN ofendió a una dama mora y ella, para vengarse, hizo que el río Nogalte se hundiese en aquel pasadizo subterráneo que ZaprIÓN había construido para trasladar a sus guerreros desde el palacio hasta la Sierra del Medio.⁴⁷

46 La investigación sería sobre el tema de las encantadas daría lugar a una monografía bastante voluminosa. Sobre algunas apariciones en el área levantina puede leerse el artículo de Antonio Selva Iniesta, 1986: pp. 59-62, J.A. Iniesta Villanueva y J. Fco. Jordán Montés, 1995: pp. 19-22 o J. Fco. Jordán Montés y A. de la Peña Ascencio, 1992: pp. 316-318. De su relación con el agua hemos hablado nosotros en G. García Herrero, A. Sánchez Ferra y J.F. Jordán Montés, 1997: pp. 192-196.

47 ZaprIÓN es corrupción de Escipión. Este elemento y algún otro que ahora omitimos, evidencian que el relato se ha construido mezclando dos tradiciones: una histórica o pseudo histórica que relaciona el Cabezo de la Jara con el lugar en el que Cneo Escipión muere abrasado con los supervivientes de la derrota de Ilorci, en el 211 a.C. (v. el debate sobre el tema en A. Yelo Templado, 1977-1978), la otra folklórica, que explica la conversión del río Nogalte en corriente subterránea.

Por último, Don Lorenzo Martínez Ferra, citando a su madre como fuente, se refería a un conflicto bélico que habría enfrentado al rey de la montaña con el rey del valle. Derrotado el primero, al retirarse a sus dominios quiso vengarse del vencedor constriñendo la fuente del nacimiento del río Luchena y, para ello, lo cegó parcialmente al empotrarle una piedra de molino, con lo que redujo el flujo del manantial al agua que salía por el agujero del eje. Hasta tal punto el relato caló en la tradición de los campesinos lorquinos, decía Lorenzo, que cuando se constituyó la Mancomunidad de Regantes del valle del Guadalentín, una de las primeras acciones acordadas fue la de enviar una comisión al nacimiento del río para localizar la obstrucción y hacerla desaparecer.

Las tres narraciones apuntan en una dirección evidente: el folklore intenta justificar la ausencia de agua en la comarca, que el paisaje sugiere fue muy abundante en tiempos míticos; además, las dos primeras insisten tozudamente en que el agua no se volatilizó, simplemente se escondió en las profundidades de la tierra. El episodio de la encantada aparece en la versión de Puerto Lumbreras como un obvio cuento etiológico que explicita lo que, por otra parte, es un significado claramente interpretable en otros ejemplares que se mantienen en un plano puramente simbólico. La aparición periódica del numen acuático y el constante fracaso del caminante representan la imposibilidad de recuperar la situación primitiva. Si en Cartagena se confirma la ausencia de estos relatos, cabe interpretarla como consecuencia lógica de la inexistencia de un contexto geográfico que los alimente: hay pocas fuentes, los cursos de las ramblas no han excavado surcos tan espectaculares como en el caso de la rambla de Nogalte, nada en el relieve permite suponer que antaño el agua fue más abundante en la comarca. Pero acaso otros factores, como el poblamiento tardío del área, contribuyan a explicar este fenómeno.

En cualquier caso, la simple constatación de una omisión tan destacable en el repertorio folklórico cartagenero refuerza nuestro planteamiento teórico; el volumen de la encuesta realizada descarta, casi completamente, la posibilidad de que esta circunstancia sea pura coyuntura, y obliga a replantear el tema del cuento folklórico como elemento cultural que interacciona con su contexto y que, por la especificidad de este, contribuye a construir señas de identidad para el grupo que maneja un repertorio. Sólo la continuidad y la amplitud del trabajo de campo, investigando áreas mediadas por condicionamientos distintos, puede poner de relieve la verdadera dimensión del problema que planteamos y resolver, así, si su calado es profundo o, por el contrario, asistimos a un parto de los montes.

BIBLIOGRAFÍA MENCIONADA:

- [Aa-Th.] AARNE, A. & S. THOMPSON, *Los tipos del cuento folklórico. Una clasificación*. Academia Scintiarum Fennica, traducción de Fernando Peñalosa, Helsinki 1995.
- AGÚNDEZ, J.L. *Cuentos populares sevillanos*, 2 vols. Fundación Machado, Sevilla 1999.
- ALEMÁN, Mateo, *Guzmán de Alfarache I*, edición de Benito Francaforte para Ed.Cátedra, Madrid 1979.
- AMADES, J. *Rondallística*, Ed. Selecta (1950), reed. Barcelona, 1982.
- ANTÓN HURTADO, F. «Agua y cambio de patronazgo en Murcia», en *Culturas del Agua*, Ed.Godoy, Murcia 2004.
- ARROYO, L.A. «Cuentecillos tradicionales y cuentos folklóricos de la tradición oral palentina», *Revista de Folklore*, nº 103.
- ASENSIO, J. *Cuentos riojanos de tradición oral*, Gobierno de La Rioja, Logroño 2002.
- AZKUE, R.M^a. de, *Euskalerrriaren Yakintza. Literatura popular del País Vasco*, 4 vols., Ed. Espasa-Calpe, Madrid 1942.
- BARANDIARÁN IRIZAR, Luís de, *Antología de fábulas, cuentos y leyendas del País Vasco*. Ed.Txertoa, San Sebastián 1995.
- BOCACCIIO, G. *Decamerón*, edición de M^a Hernández Esteban para Ed.Cátedra, Madrid 1998.
- CABAL, C. *Los cuentos tradicionales asturianos*, Ed.Voluntad, Madrid (sin fecha) [1921].
- CAMARENA, J. *Cuentos tradicionales de León*, 2 vols., Seminario Menéndez Pidal, Universidad Complutense de Madrid y Diputación Provincial de León, Madrid 1991.
- CAMARENA, J. & M. CHEVALIER, *Catálogo tipológico del Cuento Folklórico Español*.
 — *I. Cuentos Maravillosos*. Ed.Gredos, Madrid 1995.
 — *II. Cuentos de Animales*. Ed.Gredos, Madrid 1997.
 — *IV. Cuentos Novela*. Ed. del Centro de Estudios Cervantinos, Madrid 2003.
- CARRÉ ALVARELLOS, L. *Contos populares da Galiza*, Museu de Etnografía e História. Junta distrital do Porto, Porto 1968.
- CARREÑO CARRASCO, E. y otros, *Cuentos murcianos de tradición oral*, Universidad de Murcia, 1993.
- CIRLOT, J.E. *Diccionario de símbolos* (1958), Ed.Siruella, 6^a ed. Madrid 2002.
- CONDE, Carmen, *La rambla* (1977), Ed.Regional, Murcia 2006.
- CORTÉS VÁZQUEZ, L. *Cuentos populares salmantinos*, 2 vols. Salamanca 1979.
- CURIEL MERCHÁN, M. *Cuentos extremeños*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid 1944.

- CHEVALIER, M. *Cuentecillos tradicionales en la España del Siglo de Oro*. Ed.Gredos, Madrid 1975.
- *Cuentos folklóricos españoles del Siglo de Oro*. Ed.Crítica, Barcelona 1983.
- ESOPO, *Fábulas*, texto preparado por Bádenas de la Peña y J.López Facal para el edición de la Biblioteca Clásica Gredos, 2ª reimpr., Madrid 1993.
- ESPINOSA, A.M., *Cuentos populares españoles*, 3 vols. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid 1946-1947.
- ESPINOSA, hijo, A., *Cuentos populares de Castilla y León*, 2 vols. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid 1988.
- GARCÍA HERRERO, G. A. SÁNCHEZ FERRA y J.F. JORDÁN MONTÉS, «La memoria de Caprés». *Revista Murciana de Antropología*, nº 4, Universidad de Murcia 1997.
- GONZÁLEZ I CATURLA, J. *Rondalles de l'Alacantí*, Ed.Aguaclara, Alicante 1998.
- *Rondalles del Baix Vinalopó*, Ed. Aguaclara, Alicante 1998.
- GRIMM, J. y W. *Kinder und Hausmärchen*, 3 vols. Traducción de Mª Antonia Seijo Castroviejo para Ed.Anaya, Madrid 1985-1986.
- HERNÁNDEZ FERNÁNDEZ, A. *Cuentos populares de la provincia de Albacete*, Instituto de Estudios Albacetenses «Don Juan Manuel, Diputación de Albacete, 2001.
- «Cuentos humorísticos y seriados en la pedanía murciana de Javalí Nuevo», *Revista de Folklore*, nº 291 [PDF].
- INIESTA VILLANUEVA, J.A. y J. Fco. JORDÁN MONTÉS, *Leyendas y creencias de la comarca de Hellín-Tobarra*, Hellín 1995.
- JORDÁN MONTÉS, J. Fco. y A. de la PEÑA ASENCIO, *Mentalidad y tradición en la serranía de Yeste y de Nerpío*, Albacete 1992.
- LACARRA, Mª Jesús, *Cuento y novela corta e España. 1.Edad Media*, Ed.Crítica, Barcelona 1999.
- LARREA PALACÍN, A. *Cuentos gaditanos*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid 1959.
- Lazarillo de Tormes*, edición de Francisco Rico para Ed.Cátedra, 15ª ed, Madrid 2000.
- Libro del Caballero Zifar*, edición de Cristina Gonzalez para Ed.Cátedra, Madrid 1983.
- LIDA DE MALKIEL, Mª Rosa, «Función del cuento popular en El Lazarillo de Tormes», en *El cuento popular y otros ensayos*. Ed.Losada, Buenos Aires 1976.
- LÓPEZ MEGÍAS, F.R. y Mª J. ORTIZ LÓPEZ, *El Etnocuentón. Tratado de las cosas del campo y vida de aldea*. Almansa 1997.
- [Lugo] *Contos populares da provincia de Lugo*, Ed.Galaxia, Vigo (1963), 3ª ed. 1979.
- LLANO ROZA DE AMPUDIA, A. de, *Cuentos asturianos*, Archivo de tradiciones populares, Madrid 1925.

- MOROTE MAGÁN, P. *Cultura tradicional de Jumilla. Los cuentos populares*, Academia Alfonso X el Sabio, Murcia 1990.
- ORTEGA, J. *La resurrección mágica y otros temas de los cuentos populares del Campo de Cartagena*, Universidad de Murcia, 1992.
- PAREDES CANDIA, A. *Cuentos populares bolivianos*, Ed. Isla, La Paz 1973.
- PISÓN, X. M. LOURENZO e I. FERREIRA, *Contos do Valadouro*, Ed. A nosa terra, 2ª ed. Vigo 1999.
- RÍO CABRERA, J.A. del, y M. PÉREZ BAUTISTA, *Cuentos populares de animales de la Sierra de Cádiz*, Universidad y Diputación de Cádiz, 1998.
- RIQUELME PIÑERO, Carmen, *Los cuentos que me contó mi abuela*, Cartagena 2006.
- ROMERO GALIANA, C. *Antología de los molinos de viento*, Ed. Corbalán, Cartagena 2003.
- RODRÍGUEZ MARÍN, F. *Más de 21.000 refranes castellanos*, Madrid 1926.
- RODRÍGUEZ PASTOR, J. *Cuentos extremeños obscenos y anticlericales*, Diputación de Badajoz, 2001.
- *Cuentos extremeños de costumbres*, Diputación de Badajoz, 2002.
- RUBIO, E, J.M. PEDROSA y C.J. PALACIOS, *Cuentos burgaleses de tradición oral*, Burgos 2002.
- RUFO, Juan, *Las seiscientas apotegmas*, edición de Alberto Blecua para la colección Clásicos Castellanos de Espasa-Calpe, Madrid 1972.
- RUIZ MARÍN, D. *Vocabulario de las hablas murcianas*, Consejería de Presidencia. Región de Murcia, 2000.
- SÁNCHEZ FERRA, A.J. «Camándula. El cuento popular en Torre Pacheco. Revista Murciana de Antropología nº 5. Universidad de Murcia (1998) 2000.
- SELVA INIESTA, A. «La Encantada de la Camareta: analogía e interpretación», en ZAHORA nº 10, pp. 59-62, Diputación de Albacete, 1986.
- SERRANO BOTELLA, A. *El Diccionario Icue. Habla, tradiciones y costumbres cartageneras*, 2ª ed. Cartagena 1997.
- STEEL, F.A. *Cuentos populares ingleses* (1918), traducción de José Luíís Moreno-Ruiz para Ed. Valdemar, Madrid 2006.
- TIMONEDA, J. *El Patrañuelo*, (1564), edición de Federico Ruiz Morcuende para la colección Clásicos castellanos de Espasa-Calpe, Madrid 1973.
- TIMONEDA, J. y J. ARAGONÉS, *Buen aviso y Portacuentos* (1564). *El Sobremesa y Alivio de Caminantes* (1563). *Cuentos*. Edición de Pilar Cuartero y M. Chevalier para Clásicos Castellanos, Espasa-Calpe, Madrid 1990.
- VERA NICOLÁS, Pascual, *Murcia y el agua: historia de una pasión*, Ed. Asamblea Regional de Murcia y Real Academia Alfonso X el Sabio, Murcia 2005.
- YELO TEMPLADO, A. «Ilorci: ¿una población de la cuenca del Segura?» en Anales de la Universidad de Murcia, vol. XXXVI, nº 1-2, 1977-1978.

